
¡Mba'éichapa, bicentenario!
¿El derrumbe del consenso historiográfico? Un estado de la cuestión en torno a historiadores y discursos históricos sobre la independencia del Paraguay*

Liliana M. Brezzo**

Resumen:

A partir de un recorrido por las principales estaciones historiográficas en torno al proceso de la independencia de Paraguay, el artículo propone una serie de reflexiones sobre los estratos y procesos de la conciencia histórica social, permitiendo dar cuenta de una serie de rasgos de la cultura histórica en Paraguay y de los historiadores como uno de los actores que la crean.

Palabras clave: Independencia del Paraguay, discursos históricos, cultura histórica, historiadores

Abstract:

Originated by previous historical studies about the Paraguay's independence, this article proposes a series of reflections on the strata and processes of the socio-historical conscience, which accounts for a series of features that characterize the historical culture in Paraguay and of the historians, one of the players who construct it.

Key words: Paraguay's Independence, historical speeches, historical culture, historians

El alegato de José Gaspar Rodríguez de Francia, quizás el hombre más ilustrado de la Intendencia de Paraguay, en la asamblea reunida en Asunción el 24 de julio de 1810 no dejó lugar a dudas acerca de la postura que a su juicio debía adoptar la provincia en esa coyuntura; fue el único en proclamar la caducidad de la autoridad del gobierno español y el primero en hablar de una república independiente. Francia sostuvo que "el Paraguay no es patrimonio de España, ni dependencia de Buenos Aires. El Paraguay es ya una república independiente" y la única cuestión de que debía ocuparse esa asamblea, decidiendo por mayoría de votos era "cómo debemos defender y

* La expresión *Mba'éichapa*, perteneciente a la lengua guaraní, se utiliza para saludar o dar la bienvenida; equivale al "hola" en el idioma español.

** CONICET/IDEHESI –Instituto de Historia –Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario – UCA.

conservar nuestra independencia contra España, contra Lima, contra Buenos Aires y contra el Brasil..." A pesar de su origen exclusivamente municipal, la Junta nombrada en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810 tuvo la preocupación del reconocimiento a su autoridad de todo el territorio del virreinato. Para tal efecto dirigió, con fecha 27 de mayo, una circular a las intendencias y provincias exhortándolas a reconocer al nuevo gobierno y a enviar diputados a Buenos Aires para un Congreso General que debía definir las autoridades que asumirían el gobierno hasta tanto el rey depuesto, al cual habían jurado fidelidad, recuperase su trono. Para escuchar el parecer sobre este oficio, el gobernador-intendente del Paraguay, Bernardo de Velasco, convocó a la Asamblea, ocasión en la que Francia pronunció el alegado descripto. De esa reunión salió una resolución que establecía que el Paraguay guardaría armonía y fraternal amistad con la Junta de Buenos Aires, "suspendiendo todo reconocimiento de superioridad en ella hasta tanto resolviese Su Majestad...". La frágil autoridad de la junta bonaerense se vio aun más erosionada por la actitud asumida por el Paraguay, decidiéndola a despachar una fuerza comandada por Manuel Belgrano para "auxiliar" a quienes, se fundamentaba, adherían, en aquella provincia, a la causa de Buenos Aires. Pero Belgrano no recibió el apoyo esperado y en marzo de 1811, previa capitulación, abandonó el territorio paraguayo. Después de esta victoria paraguaya, Francia se convirtió en uno de los más influyentes promotores de la destitución del gobernador Velasco; el levantamiento del 14 de mayo de 1811 acabó con la autoridad colonial en el Paraguay. Interinamente se decidió la organización del gobierno en una Junta presidida por el teniente coronel Fulgencio Yegros e integrada por el doctor José Gaspar de Francia, el capitán Pedro Juan Caballero, Francisco Javier Bogarín y don Fernando de la Mora, cuyo objetivo prioritario era el fijar las relaciones que se mantendrían con Buenos Aires. El nuevo gobierno decidió que el Paraguay se gobernaría de manera independiente hasta tanto las determinaciones del futuro Congreso de las Provincias del Plata fueran aprobadas por una nueva asamblea. Así lo comunicó a Buenos Aires el 20 de julio de 1811 y el 28 de agosto la junta de Buenos Aires aceptó las condiciones.

Esta exposición abocetada y fáctica de uno de los principales momentos de la independencia paraguaya sirve para proponer, al acercarse el bicentenario de aquel proceso, un estado de la cuestión sobre la historiografía producida en torno a ese hito histórico, los ejes rectores de las versiones clásicas y de sus distintas vertientes y los

principales acontecimientos políticos, sociales, culturales y económicos que han impactado en la comunidad de historiadores y modificado sus posturas historiográficas. El supuesto principal que guía las páginas que siguen es que, a diferencia de lo ocurrido en el resto del espacio rioplatense, en Paraguay se mantiene el consenso historiográfico según el cual la independencia es explicada desde el convencimiento de que es analizada la gesta nacional, la forja de la nación. Como es conocido, ese discurso se volvió hegemónico a partir de los primeros relatos construidos en América Latina hacia finales del siglo XIX con el objetivo de unificar la historia de sociedades altamente diferenciadas étnica y socioeconómicamente, así como con amplios contrastes regionales. A su vez, ese discurso sobre la nación alentó otros corolarios entre los que sobresalía el concepto “pueblo”, ese ente homogéneo y sin fisuras que persiguió la independencia de la nación “300 años oprimida”¹. Y el pueblo y la nación fueron acompañados por los héroes, el otro corolario del consenso historiográfico. A través de los discursos históricos, entonces, se iba a buscar, en el estudio de la independencia, la gesta originaria, las virtudes de los héroes fundadores y los modelos que había que seguir para asegurar la grandeza de la Nación².

Quizás convenga, para iniciar el desarrollo del supuesto explicitado más arriba, tener en cuenta las estructuras que han condicionado el ritmo historiográfico y la práctica de la historia en Paraguay.

Si bien recientes investigaciones han permitido relativizar su determinante predominio, la trayectoria de la historiografía en Paraguay ha estado condicionada por su poliédrica realidad *aislacionista*. En efecto, la situación geográfica de un país en la periferia extrema de la frontera interior sudamericana, una “isla rodeada de tierra”, hace presuponer una amplia separación del resto del mundo occidental. Además, las

¹ Manuel Chust Calero y José Antonio Serrano Ortega (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Iberoamericana Editorial Vervuert, 2007. Nos hemos valido, particularmente, de las ideas que los autores desarrollan en la introducción de este tomo colectivo.

² El gran viraje de esta perspectiva, según François Xavier Guerra, que posibilitó pasar de una óptica centrada hasta entonces en lo nacional y en lo americano a otra que empezó a integrar lo español y, por lo tanto, lo que tenían en común los diferentes países, habría dado comienzo ya en los años 40 del siglo XX, de la mano de investigadores como Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, el mexicano Carlos Pereyra y más tarde Sánchez Agesta. Véase “El olvidado siglo XX”. En *IV Conversaciones Internacionales de Historia. Balance de la historiografía de Iberoamérica*, Pamplona, UNAV, 1988, páginas 593-631.

circunstancias políticas en las que se encontró el Paraguay después del año 1811 hicieron difíciles las prácticas normales del comercio, lo cual, inevitablemente, dificultó el paso de ideas y de bienes. El ascenso al poder de aquel “singular individuo”, el doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, quien colocó un “cordón político” en torno al país para protegerlo del caos del sur, contribuyó aun más a la separación del Paraguay del resto de los países del Río de la Plata. En el campo historiográfico, esta realidad supuso que desde aquella fecha hasta finales del siglo XIX si bien apareció una cantidad significativa de obras sobre la historia y la geografía de ese país, casi sin excepción, se trataron de relatos de viajeros, diplomáticos o escritores extranjeros, de hecho, los datos disponibles indican que desde el texto de Ruy Díaz de Guzmán, a comienzos del siglo XVII³ hasta finales del siglo XIX los paraguayos habrían conocido la relación de su historia a través de la visión ofrecida por autores extranjeros⁴.

La condición aislacionista ha sumado, según pruebas disponibles, un tríptico de acontecimientos que también han intervenido en la evolución historiográfica paraguaya: la guerra contra la Triple Alianza (Argentina, Uruguay, Brasil, 1865-70), la guerra del Chaco, con Bolivia (1932-36) y el proceso de redemocratización inaugurado en 1989.

³ Ruy Díaz de Guzmán (1560 - 1612), nacido en Asunción, nieto de Domingo de Irala y de madre guaraní. En 1612 fechó su *Historia del Descubrimiento, Conquista y Población del Río de la Plata*. Para un itinerario bio - bibliográfico véase Efraím Cardozo, *Historiografía Paraguaya*, México, 1959, página 185 y siguientes.

⁴ Persiste una serie de dudas en torno a la autoría y a la divulgación de dos obras que habrían sido producidas en Paraguay en la primera mitad del siglo XIX. La primera se refiere al valioso texto del escritor Mariano Antonio Molas (1787-1844), *Descripción histórica de la antigua provincia del Paraguay*, que habría escrito hacia el año 1840, durante su prolongado encarcelamiento por orden de Francia. Sin embargo de las inseguridades en torno a las condiciones de producción y a su real autoría y luego de un indeterminado itinerario, el texto se publicó por primera vez en Buenos Aires, en el año 1868. Luego de esta se han ofrecido sucesivas ediciones, la más reciente está fechada en Asunción, Ediciones Nizza, 1957. Similares interrogantes persisten en torno al verdadero autor de la obra *El Paraguay, lo que fue, lo que es, lo que será*, adjudicada a Juan Andrés Gelly (1790-1856), quien fuera además redactor del primer periódico que se editara en el país, *El Paraguayo Independiente*. En tanto algunos autores ratifican su autoría, otros sostienen que Gelly sólo se limitó a traducir al español el texto que en 1843 diera a conocer el naturalista sueco, residente en Paraguay, Eberhard Munck of Rosenschold, quien escribió sus impresiones en forma de cartas que fueron traducidas al portugués: *O Paraguay, seu passado, presente e futuro por un estrangeiro que residiu seis annos naquella paiz. Obra publicada sob os auspicios da legação do Paraguay na Corte do Brasil*, Río de Janeiro, 1848.

En la segunda mitad del siglo XIX, la guerra de la Triple Alianza – también llamada guerra del Paraguay- supuso, como todas las guerras, una ruptura intelectual; significó, sin duda, una interrupción traumática y aunque no existe concordancia en lo que hace a una completa evaluación de sus efectos se coincide en incluir al cataclismo bélico, junto al aislamiento, como otro condicionante principal en la evolución del proceso cultural paraguayo. En el contexto posbélico de entre siglos, la historia –sobre todo el reciente episodio de derramamiento de sangre- fue el observatorio privilegiado que utilizó la primera generación de intelectuales paraguayos para analizar la *cuestión* nacional: qué había sido, que era y qué debía ser el Paraguay. Como bien lo ha destacado Josefina Plá, entre otros influyentes autores, en aquellos años de reconstrucción se soslayó la poesía, la novela, el teatro, por considerarlos superfluos “o simplemente inoperantes en la tarea que especialmente les preocupó: la definición de una conciencia histórica, la educación en un sistema de valores universales que prestase sentido a un devenir. Era a todas luces urgente dar a este pueblo abrumado, desnordeado [sic] una fe, un ideario, un rumbo”⁵. A partir de esta función social, en la práctica de la historia tuvo peso una perspectiva de trabajo según la cual aquella consistía en la exaltación de las características -todas positivas por principio- de la nación paraguaya, los hechos dignos de consideración eran aquellos que resultaban coherentes con tal visión y el silencio, pues, debía caer sobre todo lo demás.

Pues bien, teniendo en cuenta estas condiciones, hasta mediados del siglo XX el proceso de la independencia ha tenido, según ha podido determinarse, dos estaciones historiográficas significativas, sobre cuyos respectivos contextos históricos y principales argumentaciones quisiera referirme a continuación.

Fue, como adelantáramos, en el período de reconstrucción nacional, luego de la guerra contra la Triple Alianza, a finales del siglo XIX, cuando en Paraguay hizo eclosión el oficio del historiador y se produjo el primer discurso histórico sobre la Revolución del 14 de Mayo de 1811. En la penuria de la posguerra, un grupo de jóvenes paraguayos formado primero en el Colegio Nacional de Asunción, a partir de 1877 y luego en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, fundada en 1889, fue asumiendo un rol decisivo en la cultura paraguaya. Entre los principales exponentes de

⁵ “Contenido Humano y Social de la Narrativa”. Citado por Langa Pizarro, M. Mar, *Guido Rodríguez Alcalá en el contexto de la narrativa histórica paraguaya*, Alicante, 2001, página 97.

la que sería llamada la *Generación del 900*, estaban Blas Garay (1873-1899), Juan O’Leary (1879-1969), Manuel Domínguez (1868-1935), Fulgencio Moreno (1872-1933), Arsenio López Decoud (1867-1945), Ignacio Pane (1879-1920), Eligio Ayala (1879-1930) y Manuel Gondra (1871-1927)⁶. El 26 de junio de 1895 un grupo de estos intelectuales, junto a otras figuras influyentes de la sociedad asunceña, estableció el *Instituto Paraguayo*, un espacio cultural en el que la fuerza de la palabra se convertiría en fuente de prestigio y al año siguiente comenzaron a editar la *Revista del Instituto Paraguayo*; definida como una publicación de carácter esencialmente científico, pasó a subtitularse, poco tiempo después, “Historia, Ciencias, Letras” haciendo referencia a sus principales contenidos. El mismo año de ese emprendimiento editorial partía a Europa uno de los jóvenes más activos de este espacio cultural: Blas Garay, con sólo 23 años, recién graduado de abogado, viajó para desempeñarse como secretario de la legación paraguaya en España representando al gobierno del general Juan Bautista Egusquiza (1894-1898). Durante su estancia en el destino diplomático recibió instrucciones para localizar y copiar en el Archivo de Sevilla y en otros repositorios, todo el corpus documental que pudiera referido a la historia de Paraguay, en particular aquellas fuentes que sirvieran para fundamentar los títulos paraguayos sobre la zona del Chaco y que podrían ser utilizadas en la disputa que ese Estado mantenía con Bolivia por la posesión de dicho territorio. Durante esa estadía, Garay publicó en Madrid, en 1897, cuatro obras: *La revolución de la independencia del Paraguay*, *Breve Resumen de la Historia del Paraguay*, *Compendio Elemental de la Historia del Paraguay* y *El Comunismo en las misiones de la Compañía de Jesús*. Esta producción, aunque breve, tiene, sin embargo, un significado fundamental porque, a mi entender, inaugura propiamente la *historiografía nacional paraguaya* y, desde una perspectiva morfológica, ofrece un modelo erudito de escribir la historia. No obstante el lugar y la fecha de edición de *La revolución de la Independencia*, el plan de la obra y los materiales para su redacción parecen haber sido reunidos por Garay antes de su estancia en Europa según las pruebas que nos ofrecen dos circunstancias: la primera es que el texto se sustenta en abultadas y completas citas documentales procedentes del Archivo Nacional de Asunción y

⁶ Puede verse el valioso estudio de Raúl Amaral, *El Novecentismo paraguayo: hombres e ideas de una generación fundamental del Paraguay*, Asunción, Servilibro, 2006. Una aproximación sobre la influencia historiográfica de este grupo social la hemos resumido en *Aislamiento, Nación e Historia en el Río de la Plata. Argentina y Paraguay. Siglos XVIII –XX*, Rosario, Instituto de Historia – UCA, 2005.

prácticamente ninguna de archivos españoles; en segundo término, cuando a su regreso al Paraguay, en 1898, Garay publicara en la *Revista del Instituto Paraguayo* un trabajo titulado *El primer consulado*, advertía en su presentación que se trataba de un estudio que había tenido listo desde el año 1896. Tanto este como *La revolución* llaman la atención por sus cuantiosas referencias provenientes del mencionado archivo paraguayo, de periódicos antiguos como *El Paraguay Independiente* y de un importante corpus bibliográfico de autores rioplatenses como las respectivas ediciones de los difundidos textos del argentino Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano* y de Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*. Ambos relatos tienen, por lo tanto, una fuerza heurística notable, considerando el grado de desarrollo de los estudios históricos en el país y el perfil del autor en el que no es un dato menor el hecho de haber contado en 1896 solamente con veintidós años. Además de la erudición, conviene subrayar dos de los argumentos ofrecidos por Garay: fue quien introdujo una valoración positiva de José Gaspar Rodríguez de Francia como actor principal e indiscutible del movimiento del 14 de Mayo de 1811, y dedicó una especial atención a analizar las lealtades que se encarnaban en los diferentes grupos en Asunción en los prolegómenos revolucionarios: la de quienes sostenían el status quo respecto a España, la de los que luchaban por la independencia total y la de aquellos que adherían a la separación de España pero a su vez la unión con Buenos Aires. Y si bien Garay dejaba sentado su desprecio por este último grupo al que califica de “antipatriota”, su discurso histórico se mantenía, a su vez, distante de cualquier apriorismo nacionalista, en el sentido de no asociarse a la explicación de la independencia sobre el presupuesto de la emancipación nacional, relacionando la identidad cultural y la aspiración al ejercicio pleno de la soberanía como una evidencia que no necesitaba justificación, tal como ocurría, en esos años, en estudios provenientes de otros países del Río de la Plata.

El papel rector de Garay en la escritura de la memoria paraguaya quedó abortado en 1899 cuando falleció súbitamente, contando sólo 26 años. Tras esta producción fulgurante y fugaz, hubo que esperar hasta el primer Centenario de la Independencia para que se produjera una guirnalda de discursos históricos sobre la revolución de la independencia⁷. En 1911, en el marco de las acciones celebrativas, los considerados los

⁷ Si bien en 1906 apareció un breve pero interesante trabajo de Gregorio Benites titulado *La Revolución de Mayo* de 1814-1815 en el que resaltaba la línea interpretativa de la rivalidad entre

intelectuales más influyentes del país - Enrique Solano López (1858-1917), Cecilio Báez, Manuel Domínguez, Fulgencio Moreno (1872-1933), Ignacio Pane (1880-1920), Juan O'Leary y Moisés Bertoni (1857-1929) - se reunieron para editar la obra colectiva titulada *Álbum Gráfico de la República del Paraguay: 100 años de vida independiente*, con el propósito de mostrar una *biografía nacional*, es decir, una visión orgánica de la nación paraguaya que adquiriría la madurez después de un lento proceso de gestación y de infancia no exenta de dificultades que todo crecimiento lleva consigo. No obstante la diversidad de temas que componían los capítulos del emprendimiento editorial -*Reseña Geográfica de Paraguay, El Ganado Vacuno en el Paraguay, El algodón en Paraguay, Descripción física del Paraguay, Descripción política. Etnografía, población, división política de Paraguay, etc.*- los trabajos coincidían en una serie de coordenadas discursivas que servirían de sustento para las interpretaciones sobre la independencia del Paraguay a lo largo del siglo. En primer término quedó instalada la construcción ideológica según la cual el Paraguay constituía, en su origen, una nación mestiza, entendida como algo superador a la indígena y asimilada, por cruza sucesiva, a una nación de raza blanca *sui generis*⁸. A su vez, los textos producidos por Moisés Bertoni incluidos en el *Álbum*, referidos a las relaciones entre la cultura guaraní y la construcción nacional, convirtieron a los pueblos indígenas, a partir de este momento historiográfico, en sujetos históricos; Bertoni fue el primero en proponer una historiografía guaraní no dependiente de los cronistas coloniales. Animado de un notable impulso idealizador, pretendía mostrar el alto grado de civilización a que habían llegado los guaraníes al momento del descubrimiento, lo que se impuso como una construcción movilizadora⁹. Así, composición según la cual el Paraguay era una nación

Asunción y Buenos Aires y subrayaba los propósitos de conquista que históricamente habían animado la política argentina respecto al Paraguay.

⁸ Arsenio López Decoud en su capítulo titulado *Descripción política*, sostenía lo siguiente: "Existe entre nosotros una perfecta homogeneidad étnica: el pigmento negro no ensombrece nuestra piel. Amamos nuestra tradición y nos es grato conservar nuestro dulce y poético idioma guaraní y él y ella a pesar de todo, nos mantendrán unidos a través del tiempo y de las vicisitudes. Hemos cruzado y cruzamos por períodos en los que la ambición política pueden, por momentos, sobreponerse a los intereses del Estado. El mal no es grave ni es hondo: es transitorio y es superficial y lo causa nuestra inexperiencia. Por ello han debido pasar todas las Naciones de América. No podía, pueblo que sólo cuenta 40 años, pues nuestro renacimiento data de 1870, sustraerse a esa dura ley".

⁹ Con Moisés Bertoni se inician los estudios sistemáticos de la edad y formación de los terrenos del Paraguay. En 1914 publicó *Resumen de Prehistoria y Protohistoria de los países guaraníes*. Su obra más importante sería los tres tomos de *La civilización guaraní*, cuya primera parte

mestiza/blanca quedó consagrada, hasta donde ha podido comprobarse, a partir del momento historiográfico que rodeó al Centenario.

La empresa de erudición histórica del Centenario demanda ser contextualizada, a su vez, en el particular contexto histórico que vivía el Paraguay en 1911: una situación política sangrienta y caótica que afectará, incluso, el programa conmemorativo. Desde 1904 ningún presidente había terminado su mandato dentro de los términos constitucionales y el período comprendido entre 1908 y 1911 había sido extremo, al punto que se sucedieron siete presidentes como producto de los múltiples enfrentamientos armados entre sectores de los dos partidos políticos tradicionales: Liberal y el Colorado. Fundándose en estas circunstancias, el presidente Albino Jara dictó, el 22 de abril de 1911, un decreto que establecía el “aniversario móvil” de la celebración del Centenario. Con el propósito de evitar aglomeraciones populares, ante el desquicio social que asumía el país y la imposibilidad de contar con un presupuesto mínimo para los festejos, el gobierno resolvió trasladar al mes de octubre de 1913 la celebración del centenario de la independencia. Interesan los considerandos en justificaban la disposición: el primero se fundaba en que la revolución de mayo de 1811 en Paraguay había sido hecha a nombre del rey de España y que lo verdadero era el Congreso del 12 de octubre de 1813, que había proclamado la república y declarado “resueltamente la independencia política”. Para cuando el decreto era publicado, un nuevo levantamiento había provocado la caída del presidente Jara, a quien sus propios aliados políticos presionaron para que renunciase el 5 de julio de 1911. Finalmente, las elecciones de 1912 catapultaron a la presidencia al líder del sector radical del partido Liberal, Eduardo Schaerer, para el cuatrienio 1912-1916. Pero las secuelas de la anarquía política hicieron que los desasosiegos de la celebración continuaran. Se dictó, entonces, un nuevo decreto, el N° 1165, del 10 de octubre de 1913, en cuyo texto se fundamentaba la necesidad de una nueva prórroga para la evocación de la independencia pues se mantenían las causas que motivaron el decreto de abril de 1911, fijando, no obstante, la celebración del centenario del Congreso de 1813 para el año en curso. Finalmente, un nuevo decreto, el N° 1237 del 17 de octubre, resolvió que se

apareció en 1922 y su último tomo en 1927, el más importante aporte de Bertoni a la etnografía guaraní.

constituyera la comisión encargada de organizar las fiestas conmemorativas de la independencia en 1914.

Pues bien, coincidiendo con la aparición del *Álbum*, el joven escritor *novecentista* Fulgencio Moreno publicó su *Estudio sobre la Independencia del Paraguay* (1911) en el que hacía recaer en la pugna entre las ciudades de Asunción y Buenos Aires a partir del siglo XVII, el peso explicativo del proceso independentista y la razón por la que la retórica nacionalista paraguaya se había dirigido, ante todo y en todo momento de dicho proceso, hacia la capital virreinal, tal como se lee en uno de los párrafos emblemáticos de este texto: "Un modo de sentir y de pensar, formado en siglos de labor casi inconsciente, no se modifica en un solo día por el esfuerzo de un solo hombre. La insistencia del Paraguay de no someterse a Buenos Aires no fue la obra exclusiva del Dr. Francia. En esa población conservadora que apoyaba el partido español de 1810, expulsaba de su suelo a las huestes porteñas con un entusiasmo que admiró al mismo Belgrano y se apegaba al terruño natal, sin querer admitir adherencias peligrosas con Buenos Aires, hay algo más que la fugaz intervención de un hombre; malquerencias seculares de orden económico, de carácter moral, adquirieron la forma de una prevención invencible, de una aversión casi ingénita". Moreno advertía sobre lo aventurado que era atribuir a una sola persona, en el caso del doctor Francia, la creación de la "nacionalidad y de la independencia", repartiendo el liderazgo entre Fulgencio Yegros y Manuel A. Cavañas.

Puede sostenerse que, a partir de estos dos momentos –el correspondiente a la producción de Blas Garay y a los discursos producidos en torno al Centenario- el esfuerzo hermenéutico sobre la independencia paraguaya mantuvo dos corolarios principales: el *aislamiento* con su poliédrica realidad geográfica, cultural, lingüística y política, en cuanto estructura condicionante principal de la independencia y de la emergencia nacional y la histórica rivalidad entre las ciudades de Asunción y Buenos Aires. Ampliando un poco más esta clásica línea interpretativa, los discursos históricos sostendrían que el Paraguay irrumpió en la historia a partir de un fracaso. Las expediciones organizadas para llegar al oro de Perú, encabezadas por Domingo Martínez de Irala a comienzos del siglo XVI, se vieron frustradas porque al llegar allí ya lo había hecho Francisco Pizarro. Fracasada, pues, la política minera, un grupo de estos españoles se asentó a orillas del río Paraguay y fundó, en 1537, la ciudad de Asunción

que pasó a constituirse en una especie de jardín de aclimatación desde el cual durante todo el resto del siglo se preparó la ocupación definitiva y estable de Buenos Aires, luego de que en 1556 se abandonara el fuerte por la belicosidad de los charrúas. En 1541 Domingo Martínez de Irala creó el cabildo de Asunción, transformándose el fuerte en ciudad. A finales del siglo XVI Paraguay se había convertido en la *provincia gigante*, que abarcaba desde el Atlántico hasta el Chaco y que incluía las ciudades de Asunción, Santa Fe, Buenos Aires y Corrientes, Villa Rica, Ciudad Real y Santiago de Xerez. Pero las minas con que tanto soñaron los españoles a fin de enriquecerse rápidamente no aparecían en el Paraguay por ningún sitio. La solución agrícola que se les abría ante los ojos, la lejanía de una patria que iba quedando en la bruma día a día y la conciencia de una tierra que había que trabajar duramente para poder sobrevivir contemplaban, al comenzar el siglo XVII el nacimiento de unos hijos que se sentían mucho más ligados a esa tierra surcada de caudalosos ríos que a la tan alabada España de sus abuelos. En 1618 se consumó la división de la Provincia y los vínculos entre las ciudades de Asunción y de Buenos Aires se modificaron definitivamente. La región de Paraguay quedó geográficamente arrinconada y difícil para el contralor de la lejana Corona, el virrey del Perú y la Audiencia de Charcas, instituciones estas últimas a las cuales estuvo subordinada hasta la creación del virreinato del Río de la Plata. En adelante, esa provincia nunca pudo presentarse como una región rica o atrayente y ya no sólo por la ausencia de riquezas mineras sino por su marginación de la principal ruta comercial (Buenos Aires - Lima) y el estrangulamiento de su salida al Atlántico, hechos que configuraron una situación de aislamiento y estancamiento frente a la que no pudo reaccionar. Sin embargo o por todo eso precisamente, el rápido mestizaje –favorecido porque no hubo ningún contingente migratorio hacia Paraguay desde la segunda mitad del siglo XVI- dio lugar a una rápida suplantación del grupo conquistador blanco por el grupo mestizo y criollo, lo que otorgaría a la provincia una fisonomía particular. Al aislamiento geográfico y al núcleo étnico homogéneo se añadió un tercer condicionante que reforzaría la realidad aislacionista: la fulminante y persistente victoria del guaraní. Desde mediados de aquella centuria, no fue el castellano sino el guaraní el principal, el que se hablaba en la intimidad del hogar y en todas las contingencias de la vida de relación. El triunfo de la lengua aborígen relegó al castellano a la esfera oficial, como medio de contacto con autoridades y forasteros y de comunicación con la metrópoli; por

lo tanto, el bilingüismo no sería patrimonio del pueblo entero sino de las clases superiores. En todos los casos, el guaraní era el idioma en el que los paraguayos expresaban más auténticamente sus sentimientos, ideas, dolores y alegrías, esperanzas. Algunos gobernadores pretendieron proscribir su uso. A finales del siglo XVIII, el gobernador Lázaro de Ribera, por ejemplo, consideraba una “fatal desgracia” que la lengua del pueblo conquistado fuera la que “domine y dé la ley al conquistador” e incluso llegó a proponer un plan de reeducación de ese pueblo para arrebatarse la “coraza que mantiene a los nativos intratables y separados de nosotros”. Lo infructuoso de sus esfuerzos mostró que los intentos por hispanizar a la provincia en tal sentido parecían haber fracasado definitivamente. Al comenzar el siglo XIX el aislamiento paraguayo era una realidad por la falta de relaciones con el resto del espacio en el que se inscribía la región, pero que se expresaba, a su vez, en varios sentidos: en la debilidad de la relación Asunción - Buenos Aires, en las dificultades por hacer del sistema de los ríos Paraná-Paraguay una vía de comunicaciones fecundas y en la desarticulación de su propio espacio interior, materializada en tres frentes diferentes que eran la frontera indígena del Chaco, la frontera político social con el Brasil y el resultado histórico de la región de Misiones como frontera social y económica.

El mayor influjo historiográfico de esta perspectiva se produjo en la primera mitad del siglo XX a través de las obras del influyente historiador paraguayo Efraím Cardozo: *Paraguay Independiente* (1949), *El sentido de nuestra historia* (1953), *El Paraguay Colonial. Las raíces de la nacionalidad* (1956) y por los de su misma generación intelectual, Hipólito Sánchez Quell, *Estructura y Función del Paraguay Colonial*, (1944), Julio César Cháves, *El aislacionismo en el alma paraguaya* (1948) y R. Antonio Ramos, *La independencia del Paraguay y el Imperio del Brasil* (1966)¹⁰.

Juntamente, la coordenada que explica el proceso independentista de Paraguay centrándose en la pugna que las ciudades de Buenos Aires y Asunción y que se vieron reavivadas a partir de la instalación de la Junta porteña, en mayo de 1810, cuando la primera, en su condición de capital del virreinato, utilizara el argumento justificativo de

¹⁰ Pertenecientes todos a la promoción de bachilleres del año 1925 del Colegio Nacional de Asunción, trabajaron en la Comisión Nacional de Límites durante los prolongados años de litigio con Bolivia por la región del Chaco. Véase Rafael Eladio Velázquez, “Los estudios históricos en el Paraguay”. En *Estudios Americanos*, Sevilla, 1955, Volumen XI, página 77. Sobre Efraím Cardozo puede verse, también, Cecilia Silvera de Piris, *Historiografía Paraguaya*, Asunción, 2003, página 87.

la preservación de la integridad territorial para el empleo de la fuerza militar ejercida para someter al Paraguay, presentaría igual peso historiográfico. Las razones por las cuales la elite asunceña no se avino a los argumentos porteños de unir los destinos a los de Buenos Aires como única vía para evitar la desintegración territorial y la guerra civil, es el principal contenido de estas interpretaciones. Los trastornos entre las ciudades de Asunción y Buenos Aires entre 1810 y 1813 sirven también para mostrar la actualización en la conciencia paraguaya de aquellas cuestiones que dieran fisonomía a sus conflictivas relaciones, como las del Puerto Preciso establecido en la ciudad de Santa Fe y la cuestión de los aranceles impuestos por la ciudad - puerto a la exportación de la yerba mate paraguaya. Estudios representativos de esta tendencia son los de Julio César Chávés, *Historia de las relaciones entre Buenos Aires y el Paraguay 1810-1813* (1938) y *La revolución del 14 y 15 de Mayo* (1957).

Pues bien, hacia mediados del siglo XX, entonces, el nacionalismo impregnaba toda la explicación sobre la independencia, en sintonía con lo que ocurría en otros espacios rioplatenses; compartía el consenso historiográfico, traducido en un metarrelato hegemónico producido entre los historiadores dedicados a las guerras de independencia. Conviene, sin embargo, apuntar que, si bien el proceso independentista y la formación del estado-nación ocupaban un lugar importante, la guerra de la Triple Alianza y la época inmediatamente anterior presentaba, en esos años, igual o mayor peso historiográfico, provocando, incluso, una verdadera polarización bibliográfica.

A partir del ascenso a la presidencia de Alfredo Stroessner, en 1954, y la consolidación de su régimen, se afianzó aún más, en Paraguay, toda una pedagogía nacionalista para la enseñanza de la historia, en cuyo transcurso se adoptó, incluso, la modalidad de *libro único*. Estas acciones por parte del Estado, junto a los condicionantes —el *aislamiento* y *las guerras*— configuraron, a su vez, una cultura histórica poco abierta a las solicitudes procedentes de las denominadas *Nuevas Historias* que no tuvieron, salvo excepciones, recepción alguna en el país. Este contexto, junto con un lento ritmo de profesionalización condicionó que el Paraguay se sustrajera de los impulsos revisionistas puestos en marcha en esos años por el conjunto de investigadores dedicados a estudiar los procesos de la independencia latinoamericana. En efecto, las ideas rectoras del consenso historiográfico fueron revisadas al compás de una nueva preparación teórica y metodológica para encarar la

investigación y de los debates generados por la teoría de la dependencia y las diversas corrientes del marxismo, que modificaron la agenda de investigación. Comenzaron a plantearse interrogantes que tocaban los puntos fundamentales sobre la comprensión de los procesos de las guerras de independencia ¿de verdad aconteció una revolución, o sólo fue una reforma en donde primaron las continuidades coloniales con un mínimo cambio político? ¿La dependencia sólo cambió el vértice de la Monarquía española – simplificada en la voz España – a las nuevas potencias atlánticas? ¿Qué cambió y qué continuó después de la independencia o, para ser más precisos con las preocupaciones de los marxistas y los dependentistas? ¿Algo cambió con respecto a las estructuras económicas y sociales coloniales? Los marxismos calificaban a las masas sociales como simples actores sociales que seguían pasivamente a los líderes insurgentes y patriotas, criollos con intereses diferentes a éstas. ¿El conflicto era de clases, entre criollos – dueños de los medios de producción – y los grupos populares, en aras de la unidad a favor de la independencia y en contra de la opresión española?¹¹

Las pruebas disponibles demuestran que en Paraguay, los márgenes de permeabilidad de esta renovación, fueron prácticamente nulos, considerando el contexto político definido por el stronato, el peso de gravedad que en la memoria colectiva mantenía la guerra de la Triple Alianza y las secuelas de la reciente guerra del Chaco. En los años 60, el escritor paraguayo Oscar Creydt publicó, sin embargo, un trabajo precursor: *Formación Histórica de la Nación paraguaya* (1963). Desde el esquema explicativo del materialismo histórico y de su militancia en el partido comunista, se sumaba al postulado según el cual en 1811 existía ya una nación paraguaya formada sobre el fundamento de la modernización de la “chacra guaraní” en manos de pequeños agricultores y en pugna con el sistema colonial; consignaba también al idioma guaraní como uno de los principales vectores en el proceso de la independencia y apuntaba como causa principal de este predominio a la circunstancia de que los hijos mestizos aprendieron el idioma materno junto con el trabajo que en las chacras hacían sus madres. La obra, reeditada y revisitada en años recientes no tuvo, en aquellos años, recepción alguna.

¹¹Manuel Chust Calero y José Antonio Serrano Ortega (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas...cit.*

Si los propios mecanismos del estado *stronista* y la proclamación de la doctrina de la seguridad nacional hicieron escasamente permeable las bases conceptuales de los marxismos en la práctica histórica, la influyente teoría de la dependencia, en boga también en esa época, tuvo otro derrotero con relación a la práctica de la historia en Paraguay. De hecho, a partir de los años setenta, se convirtió en el principal sustento explicativo de la guerra contra la Triple alianza llegando hasta el presente, incluso, con la misma fuerza. Trabajos como el de Domingo Laíno, *Paraguay: de la independencia a la dependencia*, *Historia del saqueo inglés en el Paraguay de la posguerra* es ejemplo de ese momento, en sintonía con lo producido en otros espacios rioplatenses. En todo caso podría afirmarse que los debates sobre el proceso de la independencia vendrían de la mano, en esos años, de las nuevas interpretaciones en torno a la guerra pero, en ningún caso, supusieron un replanteo o el rechazo de las ideas rectoras del consenso historiográfico sobre el proceso de la independencia paraguaya¹².

En otros espacios geográficos, con distintos ritmos, durante los años siguientes, nuevas vertientes de investigación fueron socavando, de forma irreversible, las principales bases de sustento de aquel consenso historiográfico, entre las que deben resaltarse el cuestionamiento de la ineluctable independencia: el estudio de los otros proyectos que se defendieron durante las guerras vino a poner en cuestión lo inevitable de la independencia y, con ello, el necesario proceso de emancipación de la nación. La influyente historia social contribuyó, a su vez, a “desmontar el culto de los héroes”. Dos fueron las líneas que se siguieron, en este sentido, en las historiografías. Por una parte, se reformularon las acciones y las ideas de Bolívar, Artigas, Francia que en algunos países habían sido el eje principal de la historiografía sobre la independencia. No sólo comenzaron a reanalizarse los documentos básicos sino que se investigaron, con algunas de las preguntas generadas por los marxistas y la teoría de la dependencia, la reforma de Artigas, las ideas ilustradas de Francia o de Miranda. Mediante costosos abordajes empíricos, la llamada “Historia de Bronce” quedaría relegada a un espacio reducido

¹² Me refiero a los trabajos de los argentinos Atilio García Mellid, *Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay*. Buenos Aires, Teoría, 1963; León Pomer, *La guerra del Paraguay Gran Negocio!*, Buenos Aires, Caldén, 1968; R. Ortega Peña y E.L. Duhalde, *Felipe Varela y el Imperio Británico*, Buenos Aires, Teoría, 1967.

dentro de la historiografía sobre las guerras de independencia¹³. Se abrieron líneas de investigación concurrentes: una, la que puso en tela de juicio “los movimientos preinsurgentes”, y la otra, la que destacó los proyectos autonomistas de algunos grupos de criollos que no habían aún alcanzado el rango de “patriotas”. En este último tema se indicó que no sólo eran dos los grupos en la lucha, por lo menos eran tres, independentistas, realistas y también autonomistas gaditanos. Los dos últimos grupos existieron y no estaban condenados al fracaso, o, visto desde otra perspectiva, los independentistas no eran los únicos predispuestos a ganar, incluso a pesar suyo; lo que se había de explicar era, entre otros temas, por qué triunfó finalmente el proyecto independentista y por qué los otros dos proyectos en liza no lo hicieron. En conclusión, se relativizó la independencia, al quitarle su fin ineluctable, y se consideró con amplias posibilidades de victoria a los otros dos contendientes¹⁴.

Para el caso de Paraguay, trabajos provenientes, en su mayoría, de autores no paraguayos, hicieron foco, a través de rigurosos abordajes empíricos, en otros vectores colectivos para la explicación del proceso de la independencia paraguaya, tales como la frustración metalífera, la conciencia de confín, el proceso de invisibilización ante la Corona que la provincia sufriera a partir del siglo XVII y las consecuencias de la instalación del Real Estanco de Tabaco. Ejemplos de estas perspectivas son los trabajos del argentino Juan Carlos Garavaglia, *Economía, Sociedad y Regiones* (1987), la monografía del español Pedro Antonio Vives Azancot, *El confín norteño del Río de la Plata: Asunción en el último cuarto del Siglo XVIII* (1980 - inédito), el documentado estudio de Edberto Acevedo, *La intendencia del Paraguay durante el virreinato* (1996). Más, con excepción quizás del primero, los resultados ofrecidos en estos enfoques, han tenido, hasta el momento, escasa recepción en Paraguay¹⁵.

¹³ Manuel Chust Calero y José Antonio Serrano Ortega (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas...cit.*

¹⁴ *Ibidem.*

¹⁵ A comienzos de la década del 70, John Hoyt Williams publicó un breve ensayo en el número 1 de la revista *Estudios Paraguayos* titulado “Del calor al frío. Una visión de la historiografía paraguaya” en el que como resultado de siete años de estudio del pasado de Paraguay ofrecía un panorama a modo de guía que pudiera ayudar a otros investigadores y estudiantes. Sobre el tópico de la independencia, advertía: “no hay ningún libro que sobresalga como trabajo principal” y de manera general del período comprendido entre 1810 y 1870: “Tenemos aquí literalmente cientos de obras y aún así hay todavía gran necesidad de estudios más cuidadosos.

A modo de conclusión parcial de este recorrido, podría sostenerse que la época de la independencia no ha sido, hasta el presente, la época central en el interés de los historiadores en Paraguay, por varias circunstancias, algunas ya enunciadas: la derrota en la guerra contra la Triple Alianza y sus consecuencias tuvieron un peso tremendo en la memoria colectiva; así, cuando a fines del siglo XIX surgen los primeros discursos históricos, se concentrarán, sobre todo, en interpretaciones sobre ese cataclismo bélico; incluso cuando, en las primeras décadas del siglo XX, en el resto de los países vecinos florecían las llamadas grandes *historias nacionales*, en el Paraguay no hubo esta iniciativa, quizás porque se vivía en una anarquía política poco favorable a estas grandes empresas que necesitan paz y un relativo apaciguamiento de las pasiones política. Luego, el *stronato* acentuó la realidad aislacionista, algunos investigadores utilizan incluso el concepto de *mediterraneidad cultural* para indicar la dificultosa comunicación cultural con el exterior durante los 40 años que duró ese régimen y, finalmente, y quizás por estas dos circunstancias, no se produjo aun en el Paraguay el postergado debate entre nacionalismo e historia, lo que condiciona la persistencia de una *historia patriótica*, reacia a la recepción de los avances empíricos que puedan suponer una revisión. La historia sigue siendo en Paraguay, más que una actividad universitaria, un acto político, en el sentido del ciudadano que defiende su polis. Las consecuencias de esta situación, en el plano del estudio del proceso de la independencia es que el enfoque sigue siendo aquel según el cual la identidad, la existencia de la “nación paraguaya” fue la causa de la emancipación. Ejemplos de esta perspectiva han sido las obras de J. Natalicio González, *Cómo se construye una nación* (1949) y la de Manuel Peña Villamil, *Causas y efectos en el proceso de la emancipación paraguaya* (1966), pero también textos como el de Margarita Prieto Yegros, *La Nación Paraguaya* (2003) y la reciente tesis doctoral de Ricardo Pavetti, *La integración nacional del Paraguay (1780-1850)* (2008) en la que se mantiene el supuesto de la formación histórica de un “pueblo nuevo” durante el período colonial, el “pueblo paraguayo” como resultado del mestizaje, que adquirió, en las dos últimas décadas del siglo XVIII, los perfiles nítidos y las características propias de una nación. Ciertamente entonces, se refuerza la interpretación según la cual la temprana fundación de la República en 1811 y

El viejo dicho *hay mucho calor y poca luz* es bien cierto para este caso”. Asunción, Universidad Católica, 1973, página 154.

del Estado nacional independiente paraguayo en 1813 es el resultado del proceso colonial y disparador de la integración nacional.

En la escuela y desde los medios de comunicación se mantiene la divulgación de estas coordenadas, como dan cuenta, entre otras, pruebas recientes. El pasado 15 de mayo de 2009, por ejemplo, el influyente diario paraguayo *ABC* ofrecía a los lectores un suplemento educativo titulado “Construyendo la unidad nacional desde la independencia” para contribuir a analizar, en las aulas, “a la independencia nacional como uno de los factores preponderantes de la construcción de la nación” y justificaba: “muy a propósito de la fecha, hoy hablaremos de los orígenes de la nación paraguaya y enfatizaremos en la revolución de la Independencia Nacional. La intención es que al recordar la noble y patriota hazaña de nuestros próceres del 14 y 15 de Mayo, avivemos nuestro espíritu de amor a la patria. En el 2011 recordaremos 200 años de la emancipación paraguaya, hecho que no puede pasar desapercibido para ningún paraguayo patriota que ama la libertad e independencia. La idea de la revolución emancipadora venía gestándose años antes del histórico 14 y 15 de Mayo de 1811, pero se llevó a cabo en la noche y madrugada de ambas fechas”¹⁶. En otro momento reciente, la misma hoja publicó un debate entre el antropólogo Bartomeu Meliá y el economista Fernando Masi bajo el interrogante “¿Independencia o dependencia?” El primero sostenía que 196 años después de la independencia el Paraguay es un país dependiente porque el 41% de la población paraguaya es pobre, el 14% de los paraguayos sufren desnutrición y 10 niños mueren cada día, por motivos prevenibles. Para Masi, en cambio, la pobreza, el desempleo y la desigual distribución de la riqueza no se debe a que el Paraguay sea un país dependiente, “se debe a que quienes nos gobernaron nunca pensaron en el país” y proponía: “Quizás, en este nuevo cumpleaños de la patria, se podría plantear una mirada diferente y más sincera. Porque en muchos aspectos, y con cierta frecuencia, queda la impresión de que, en realidad, el verdadero enemigo está dentro de la casa”¹⁷.

No obstante esta continuidad, hay que reconocer que a partir de la última década del siglo XX ha principiado, en Paraguay, una época de recatada expansión de la

¹⁶ *ABC*, Asunción, 15 de mayo de 2009.

¹⁷ *Ibidem*, Asunción, 14 de mayo de 2007. En la misma línea, el texto de Joel Atilio Casal, “Paraguay: de la independencia al oprobio”. En *Revista Nueva Sociedad*, Marzo-Abril 1981, N° 53.

investigación de las ciencias humanas y particularmente de la historia, muy ligada a dos procesos: el de redemocratización y el de integración regional, motivaciones suficientes para impulsar una nueva tendencia historiográfica: la necesidad de divulgar materiales que contribuyan a ampliar el conocimiento, a desarticular un repertorio de imágenes con las que la literatura histórica había caracterizado monólicamente a la realidad política y socio cultural paraguaya y a ofrecer elementos que sustenten procesos teóricos y recursos metodológicos. Es indudable que la denominada “ola democratizadora” de finales de los ochenta y principios de los noventa tuvo un gran impacto en los temas de investigación, no sólo de la historiografía, sino en general, de las ciencias sociales latinoamericanas y latinoamericanistas. Cayeron dictaduras en diversos países de América del Sur, incluso la paraguaya; la vía armada a la revolución fue descartada, en algunos casos por convicción, en otros por necesidad, por un muy amplio sector de los movimientos sociales y de los partidos de izquierda. Ambos fenómenos, no necesariamente relacionados, sí confluyeron para situar en primer plano la construcción de las instituciones democráticas¹⁸.

Avances graduales pero alentadores son los que muestran investigaciones recientes como las tesis de Herib Campos Caballero, *De moneda a mercancía del Rey. Efectos y funcionamiento de la Real Renta de Tabaco y Naipes en la Provincia del Paraguay (1779 – 1811)* (2006) y de Mary Monte de López Moreira, *Ocaso del colonialismo español. El gobierno de Bernardo de Velasco y Huidobro, su influencia en la formación del Estado paraguayo (1803 – 1811)* (2006). Un núcleo interesante, en la ruta de la renovación, son los trabajos reunidos en Thomas L. Whigham y Jerry W. Cooney (eds.), *Campo y Frontera. El Paraguay al fin de la era colonial* (2006), en los que se siembran dudas sobre la interpretación nacionalista de la evolución del pueblo paraguayo y las fuentes divulgadas en la obra José Falcón, *Escritos Históricos* (edición y estudios preliminares de Thomas L. Whigham y Ricardo Scavone Yegros -2006) en la que sus editores muestran que, no obstante el aislamiento que el Paraguay mostraba en la primera mitad del siglo XIX e inserto en un mundo cultural diminuto, había, sin embargo, quienes encarnaban la "resistencia" a esa realidad aislacionista, exteriorizando

¹⁸ Manuel Chust Calero y José Antonio Serrano Ortega (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas...cit.*

un interés manifiesto en el mundo más amplio, formulándose preguntas sobre sí mismos y sobre su sociedad y que, aunque en susurros, tenían cosas importantes que decir.

De cara al próximo bicentenario me gustaría señalar, en la parte final de este artículo, algunas líneas de investigación sobre la independencia de Paraguay en torno a las cuales parece oportuno concentrar los afanes de investigación. Una cuestión de importancia -que en el presente demanda un redireccionamiento interpretativo- es la que tiene por objeto las referencias teóricas e intelectuales del proceso de independencia. Hasta finales del siglo XX era posible distinguir, en los trabajos producidos por investigadores paraguayos, tres perspectivas. En primer término estaban aquellas obras que señalaban que el pensamiento de los principales actores de la revolución de 1811 era "expresión de la ideología de la Ilustración"; en el caso de José Gaspar Rodríguez de Francia sostenían que su discurso inaugural del congreso de junio de 1811 estuvo basado en las ideas Enciclopedistas y el Contrato Social; que, en efecto, había leído a Rousseau y a Montesquieu y que "dominaba las ideas francesas, los derechos del hombre traducidos en la América y las teorías americanas sobre la democracia". Entre los trabajos que sostuvieran estos argumentos están los de Lorenzo Livieres *Estudios de José Gaspar Francia en la Universidad de Córdoba* (1985), Justo Pastor Benítez, *Paraguay. Independencia y Organización del Estado 1811-1870* (1947), Prudencio Mendoza, *El Dr. Francia en el virreinato del Río de la Plata. Antecedentes universitarios y políticos del dictador del Paraguay* (1936) y Julio César Chaves, *El Supremo Dictador* (1942). Todas las obras adscriptas a estos postulados concordaban, además, en que esta ideología era el resultado de los años de formación de José Gaspar R. de Francia en la Universidad de Córdoba, cuando los franciscanos habrían impreso, tras la expulsión de los jesuitas, en 1767, una orientación académica centrada en una actitud renovadora, introduciendo la filosofía moderna en la Universidad. Existe, a su vez, una serie de estudios que han coincidido con dicha filiación ideológica, aunque desvinculándola de la formación de Francia en el centro académico cordobés, como los trabajos de Carlos A. Heyn Schupp, *Iglesia y Estado en el Paraguay* (1987) y los del influyente sociólogo Adriano Irala Burgos, quien en *La ideología del doctor Francia* (1975) concluía que: "Francia fundamenta su filosofía política sobre una nueva base, no aquella que provenía de la escolástica española, sino la de Rousseau, que reconoce la soberanía absoluta del pueblo expresada en el Contrato político-social a través de la

Voluntad general". Una segunda línea interpretativa en torno a las raíces intelectuales de la independencia se ha identificado con la que postulara Efraím Cardozo en *Apuntes de Historia Cultural del Paraguay* (1963) y en *Raíces católicas de la revolución emancipadora* (1963), según la cual era posible identificar una serie de raíces "autóctonas" respecto a la filiación ideológica de la revolución paraguaya y sus protagonistas: "la fraseología, sostiene Cardozo, estuvo tomada de los filósofos ingleses y franceses, sobre todo de Locke y Rousseau, y hay en ella escasos rastros de Suárez y de los otros teólogos españoles que les precedieron en sus enunciados. Esto no quiere decir que las ideas españolas no estuvieran en 1811 en la médula de las teorías revolucionarias paraguayas. Su verdadera filiación hay que buscarla en la Revolución de los Comuneros, que mucho antes que aquellas proclamó la doctrina fundamental de la soberanía del pueblo. Y esa revolución se inspiró en la enseñanza de los pensadores españoles de los siglos XVI y XVII. Esas viejas ideas españolas en el Paraguay eran una vivencia más que una teoría y llegaban ahora vestidas con la elegancia, la claridad y la lógica propias del genio francés. Suárez corría solo en pesados infolios escritos en latín al alcance de muy pocos; los enciclopedistas eran leídos ávidamente en español y en ellos vieron los paraguayos reflejadas sus ancestrales concepciones políticas. Al adherir el pueblo paraguayo y reasumir su soberanía no hacia sino consagrar los principios por los cuales se había desangrado un siglo antes". Un reciente trabajo producido por el historiador Washington Ashwell, *La independencia paraguaya, una perspectiva revisionista* (1998) se muestra, sin embargo, en franco desacuerdo con los postulados anteriores, sosteniendo que "en la documentación del período no existe ningún indicio, referencia o expresión que pueda hacer suponer que los protagonistas del 14 de mayo tuvieran conocimiento de los principios de la filosofía moderna recogidos en la Constitución de los Estados Unidos o en los pronunciamientos de la revolución francesa y ni siquiera de que tales hechos se hubieran registrado. La lectura de diversos escritos preparados por Francia muestran una clara y fuerte influencia de las instituciones de la Roma republicana y poco o nada del pensamiento de Rousseau. Siguiendo las descripciones de Polibio y Cicerón, a quienes debió leer en su idioma original en el seminario de Córdoba, adapta y sigue el modelo del gobierno conjunto de dos cónsules que se reparten las funciones ejecutivas y militares y el control del pueblo no frecuentes. Adoptó después la dictadura temporal y la Dictadura perpetua, ambas de aplicación

reiterada en la Roma republicana para enfrentar situaciones de emergencia y preservar y proseguir el mantenimiento del orden y los designios de la grandeza y la continua expansión territorial de Roma".

Estos debates, así planteados, con enfoques unilaterales, amenazan convertirse en insolubles si no se consideran los desfases cronológicos y, por supuesto, las diferentes hibridaciones, de la modernidad y el tradicionalismo ideológico¹⁹.

Para que empecemos a tener algunas ideas claras de lo que fue el proceso de la independencia en el Paraguay se hace necesario redoblar los esfuerzos por avanzar en una reconstrucción razonada de los acontecimientos, que no sea la simple epopeya de los héroes patrios y /o los avatares del progreso. La exploración de cuestiones como la peculiar dinámica que configuró la posición asumida por esa intendencia con motivo de los acontecimientos desencadenados en España en 1808, las estructuras condicionantes y la retórica que sustentó su enfrentamiento con la capital del virreinato son algunos de los objetos pendientes de estudio. Urge, sobre todo, un análisis no como una línea inevitable hacia su resultado, sino reforzando las posibilidades de *permeabilidad* respecto al aislamiento y de *pluralidad* en relación a las raíces intelectuales de la independencia.

Todo este panorama no hace sino mostrar el horizonte formidable que se presenta para quienes deseen acometer la grata tarea de plantear novedosas revisiones de la independencia del Paraguay en sintonía con los más recientes y originales postulados historiográficos.

¹⁹ Consideraciones sobre esta cuestión las hemos expuesto con motivo de la publicación del documento "Las preocupaciones de un europeo despreocupado en Asunción en vísperas de la Independencia". En *Historia Paraguaya*, Asunción, Academia Paraguaya de la Historia, Volumen XL, 2004.